

LA NOVELA FILM

N.º 68

30 cts.



UN BUEN INGENIERO

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

AÑO II

N.º 68

UN BUEN INGENIERO

DELICIOSA COMEDIA, INTERPRETADA
POR LOS EMINENTES ARTISTAS

Agnes Ayres
Theodore Roberts
Wallace Reid

Paramount Pictures Corporation

Exclusiva de

Seleccine, S. A.



Un buen Ingeniero

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En la historia de los Estados Unidos no hay episodios más llenos de interés dramático, que los que escribieron con acero y piedra aquellos hombres esforzados que tendieron las líneas ferroviarias a través del continente, uniendo así con irrompibles lazos dos civilizaciones: Oriente y Occidente.

Las rocosas montañas, con sus inaccesibles picos de granito, sus precipicios pavorosos y sus hirvientes torrentes arrollándolo todo a su paso, se oponían a sus conquistadores; pero la constancia supo vencer la feroz y porfiada resistencia de los elementos.

En un sector montañoso del ferrocarril Gran Occidente, un puñado de hombres trabajaba día y noche para encauzar un torrente salido de madre.

Al frente de ese puñado de hombres, se encontraba Jaime Glover, ingeniero al servicio

de la Compañía, el cual tenía tanto talento como audacia.

En la mañana del quinto día de árduos trabajos, rendido de cansancio, pero habiendo salido victorioso en su empresa, Jaime Glover se puso en marcha hacia las oficinas del ferrocarril, instaladas en Bend, cabeza de la línea, donde se esperaba con ansia el resultado de la lucha contra los elementos.

Morris Blood, Intendente General del ferrocarril, al enterarse por telégrafo del éxito del ingeniero, le dedicó grandes elogios delante de varios compañeros.

—¡La línea está ya despejada! ¡Glover ha conseguido por fin volver a su curso al maldito torrente de la Araña! ¡Y lo ha hecho en noventa y seis horas! Podemos tener el orgullo de que esté con nosotros el mejor ingeniero de América.

En aquel momento, se presentó en las oficinas una señorita, que Blood recibió atentamente.

—Soy la taquígrafa que el ingeniero señor Glover pidió a las oficinas centrales.

—El señor Glover preguntó varias veces por usted, porque la necesita mucho. Espérele aquí mismo, si ha almorcado usted ya, pues llegará dentro de media hora. Si no ha almorcado aún, puede usted irse a hacerlo, y vuelva luego.

Glover se dejaba arrullar, entretanto, por el sueño en el vagón del tren que lo conducía con algunos compañeros de trabajo a Bend.

Estos, para hacerse la ilusión de que así

acortaban el viaje, se entregaban a la distracción del canto y de la música, con más griterío que armonía.

Uno de los tales compañeros de Glover, recordando de súbito que el excelente ingeniero necesitaba desquitarse algo de sus cuatro noches en vela, recomendó a los otros que no hicieran mucho ruido.

Mientras, el coche especial del Presidente de la Compañía "Gran Occidente", Rufo Gage, enamorado de su ferrocarril, que era su riqueza, su ilusión y el trabajo que absorbía toda su vida, llegaba a Bend, acompañado de su hija Laura; su hermana Sylvia, una señora muy obesa y más neurasténica todavía; Alan Harrison, un nuevo alto empleado de la Compañía, que visitaba por primera vez las montañas del Oeste; y de Guillermo Bucks, Vice-Presidente y Gerente General del ferrocarril, que fué a recibirlo en el Empalme.

—Oye, Guillermo, ¿has elegido ya un buen ingeniero, para que nos sirva de guía? — preguntó don Rufo al Vice-Presidente, cerca de las oficinas.

—Sí, el ingeniero Glover — respondió Bucks. Es el muchacho más listo y más honrado que tenemos.

Ajeno a las alabanzas de que era objeto, Glover, en el tren de carga, en vista de la imposibilidad de dormir ante el escándalo que armaban sus compañeros, apeló a la energía para que cesara el ruido.

—Si no me dejáis dormir, sé va a armar

aquí una tempestad de bofetadas que no va a dejar una nariz sana.

Y como la amenaza era de pronóstico, volvió la calma.

Alan Harrison, el nuevo personaje de la Compañía, hacía el viaje a las montañas con un solo objeto: enamorar a Laura, que era bonita y tenía buena dote.

Laura escuchaba a Harrison sin dar mucha importancia a sus palabras, gustándole, naturalmente, sentirse admirada. Su satisfacción íntima no era más que fruto de insensible vanidad, sin asomar el más leve amor.

Tan pronto llegó Glover a las oficinas, Bucks, separándose del Presidente en el tren de éste, fué a su encuentro, y después de felicitarle por su meritísimo trabajo en el desborde del torrente de la Araña, le notificó que lo había designado para oacompañar a don Rufo y su familia en el viaje de inspección.

—¡Por Dios, Bucks, tenga usted piedad de mí! ¡Por qué me nombra para desempeñar misiones de esa clase? — dijo Glover.

—Nada, Jaime, tengo mis razones. Redacta tu informe, y preséntate luego al Presidente en su coche especial, donde te espera a la mayor brevedad posible.

En efecto, don Rufo aguardaba impacientemente al guía, pues su actividad no le permitía perder el tiempo.

Glover se dispuso a redactar el informe de su trabajo en el torrente de la Araña, y entonces volvió a darse cuenta de que le era de

todo punto indispensable una taquígrafa, y fué a reclamársela al Intendente.

—¿Por qué no me mandan una taqui-meca? La he pedido ya, no sé cuántas veces... y cómo si nada.

—No se alarme, Glover. La taquígrafa ha llegado ya. En este momento está almoran-do. No puede tardar en presentarse a usted.

Glover esperó un poco, y al cabo de ese tiempo vió llegar a su despacho a una señorita muy agradable, Laura, nada menos, a quien tomó por la taquígrafa que le mandaba la central.

—Bienvenida, joven. Ahí tiene usted su mesa.

Laura, que había ido allí pensando que entraía en la oficina del telégrafo, dijo a Glo-
ver, tomándole por el empleado encargado de dar curso a los telegramas:

—Desearía mandar un parte.

—Tome usted. Llene esta hoja... y se lo haré mandar en seguida.

—Ya está. ¿Cuánto es?

—Anda, Andrés, llévate eso volando... Que lo pongan urgente—ordenó Glover a un meri-
torio, al que llamó al efecto. Después, diri-
giéndose a Laura, y pronto a dictar, le dijo:

—Tenemos que ponernos a trabajar inme-
diatamente. Necesito redactar un informe aho-
ra mismo.

Laura comprendió el error de Glover, y le pareció interesante callar, para ver cómo aca-
baría aquella comedia.

De modo que Laura se sentó a la máqui-

na, cogió un block y un lápiz, y Glover no te-
nía más que abrir la boca para que ella fuera
tomando notas para transcribirlas luego a má-
quina.

—Espere un momento. Antes, le voy a dic-
tar una carta. Esciba...

Laura obedeció, presa de curiosidad. A de-
cir verdad, ella hubiera preferido que la carta
que Glover le dictaba fuera dirigida a la no-
via en vez de a la madre, para conocer su li-
teratura amorosa, pero pronto celebró que su
deseo no hubiese sido cumplido, ya que tuvo
ocasión de enterarse de cosas muy poco agra-
dables para ella misma, que pedían venganza.

No exageraba Laura, pues he aquí lo que
Glover le había dictado, entre otras cosas:

*Debo acompañar como guía al Presidente
y su familia. Tengo entendido que viene su
hija con él. Seguramente será una niña neu-
rasténica, que creerá que visitar estas monta-
ñas es lo mismo que recorrer un museo...*

*Como comprendes, la idea de servir de ci-
cerone a estas gentes acostumbradas a no sa-
lir de la Quinta Avenida, me produce muy
poco entusiasmo...*

Laura hubo de detenerse para no revelar su
indignación golpeando furiosamente las teclas
de la máquina, y pretextó no encontrarse bien.

—Temo mucho no poder terminar esta car-
ta... No sé lo que me pasa...

—Está usted nerviosa, bien se ve, y no es
extraño. Es el efecto de la altura en los que
llegan aquí por primera vez. Mil quinientos

8 —

metros sobre el nivel del mar. Vaya a descansar un rato, señorita, y vuelva luego.

—Sí, prefiero retirarme.

—Un momento. ¿Cómo se llama usted?

—¿Es indispensable que le diga cómo me llamo?

—No, indispensable, no. Cualquier nombre me da lo mismo.

—Me llamo Laura Gage. No acostumbro usar ningún otro nombre.

—¿Gage? ¡Caramba! Lo mismo que el Presidente. ¿Una parienta lejana, tal vez?

—Tal vez.

Al salir, alterada, Laura del despacho de Glover, se tropezó con Bucks, que en pocas palabras se enteró de todo.

Y poco después, al corriente Glover de lo que ignoraba, dijo al Vice-Presidente, lamentando la equivocación que había sufrido:

—¿Cómo me presento yo ahora delante de esa muchacha?

—No hay otro remedio, Jaime. Tú eres el único ingeniero, que tiene la Compañía, capaz de informar al Presidente acerca del proyecto atajo del Valle del Diablo.

Otro ingeniero hubo de encargarse de redactar el informe de los trabajos realizados en el torrente de la Araña, y así pudo Glover marcharse a su cabaña para cambiarse de ropa.

—Wilson, me caigo de sueño. Si me duermo, tendrán que despertarme con un terremoto... Daría mil dólares porque me dejaran dormir un par de horas. Y otros mil por no tener que

encontrarme con la hija del Presidente—decía el ingeniero a su perro al tiempo que se vestía.

Diez minutos después, Glover estaba a la vista de Laura y del Presidente, y al llegar a pocos pasos de ellos, encontrándose con Bucks, le murmuró:

—Hubiera preferido que me mandara usted a la cárcel.

—Vamos, hombre, no seas chiquillo...

Glover cerró los ojos, y avanzó, para no ver la mirada de reproche que le dirigía Laura.

* * *

—Me ha parecido que Glover tenía hoy mala cara. ¿Qué le pasa? —dijo Bucks, regresando a la oficina, al Intendente Blood.

—¡Casi nada! ¡El hombre se ha pasado cuatro días y cuatro noches sin dormir, luchando con el torrente de la Araña!

—Pero ¿es posible? ¿Cómo no me dijeron ustedes nada, para que yo pudiera impedir que ese pobre muchacho se marchase con el Presidente? Voy a mandar a don Rufo un telegrama, para que no ignore el lógico cansancio de Glover.

Y, rápidamente, para que alcanzara al tren en la primera estación, Bucks cursó el siguiente aviso:

Presidente F. G. O. Tren número 16. Acabo enterarme que ingeniero Glover, que dirigió personalmente trabajos encauzamiento torrente Araña, estuvo noventa y seis horas sin dormir. Conozco su carácter, y sé que él no

hablará de esto, pero considero mi deber informarle para su gobierno. Saludos.

Bucks.

Glover, tan pronto se puso en marcha el tren especial, se acomodó en la plataforma trasera del coche, para descansar un poco.

Apenas entregado a la inconsciencia, don Rufo fué a preguntarle a Glover algunos datos, y por toda respuesta oyó la grosería siguiente, que le llenó de asombro e indignación :

—Sois unos pelmazos. Si no me dejáis dormir, os voy a poner las narices en compota.

Don Rufo se apresuró a contar a su familia y a Harrison lo que le acababa de suceder, y Laura no pudo menos de hacer este comentario :

—Ya os había dicho yo que ese ingeniero era el símbolo de la estupidez.

—Pues ya le pondré yo las peras a cuarto. Voy a telegrafiar a Bucks para que se haga cargo de este imbécil, y nos mande un guía que no esté atacado por la enfermedad del sueño.

Afortunadamente, el telegrama de Bucks vino a arreglarlo todo. La indignación de don Rufo se trocó en admiración sin reservas, y lo mismo les ocurrió a Laura y a la obesa señora Silvia.

El único refractario a reconocer el valer de Glover era Harrison, indudablemente porque vió, en seguida, el interés que le tomaba Laura.

Al día siguiente, después de una excursión

por el Valle del Diablo, don Rufo se dió cuenta exacta de la enorme importancia que tenía el cambio proyectado por Glover, en el trazado de la línea, pues la rectificación propuesta representaba una economía de cinco horas en el recorrido total, y aunque la reforma costaría doce millones de dólares, en tres años se amortizaría el coste de la obra.

Don Rufo se mostró de acuerdo, y entonces Glover le dijo :

—Necesitaremos una faja de terreno que pertenece a un viejo montañés de estos contornos. Fácilmente conseguiremos una opción.

—Vamos, pues, a ver a ese hombre, en seguida.

El Presidente y el ingeniero, cuyos caracteres eran más compatibles que lo que ellos se figuraran, se dirigieron a la cabaña del tío Zeke, propietario de la faja de terreno que necesitaban adquirir, mientras en El Encinar, un hotel de montaña, en el que los turistas encontraban oxígeno y panoramas a precios convencionales: por lo general más altos que los picos vecinos, Laura y su tía y Harrison, procuraban pasar la vida lo más agradablemente posible.

Llegados a la vivienda del montañés, Glover lo tomó por su cuenta, encantándole a don Rufo la simpatía con que era recibido el ingeniero en todas partes, y la amabilidad con que él trataba a las gentes.

—Zeke, usted me pidió una vez mil dólares, por esa faja de terreno que tiene usted en el

Valle del Diablo. ¿Cuánto me cobrará usted por una opción de diez días?

—Nada.

—Eso es muy poco, Zeke. Fije usted el precio que sea.

—Bueno, Jaime, ¿no le parecerá a usted mucho, diez dólares?

—Para que la cosa parezca más seria, fijaremos el precio de la opción en cien dólares. ¿Qué le parece?

—Ni una palabra más, Jaime.

—Así, pues, tome los cien dólares, firmenos este recibo por esta cantidad, y si dentro de los diez días nos decidimos a comprar el terreno, depositaremos novecientos dólares más, que completarán los mil—precio de venta de dicho terreno—, con este recibo, en el Banco de Bend.

—Bueno.

Don Rufo quedó satisfecho de la ventajosa proporción de compra del terreno que se necesitaba, elogiando para sus adentros la habilidad de Glover en obtener el mismo por cuatro céntimos, como vulgarmente se dice, y guardándose en la cartera el siguiente documento:

Recibí de don Rufo Gage, CIEN DÓLARES, precio de una opción de compra sobre el terreno de mi propiedad sito en el Valle del Diablo. Para ser dueño del terreno, el señor Gage depositará este recibo, con NOVECIENTOS DÓLARES más, en el Banco de Bend, antes de terminar el plazo de diez días a contar desde hoy.

Esteban Zeke.

Por la tarde, después de despachados todos los asuntos, y habiendo ya descansado, Glover trató de hacer agradable la estancia a sus compañeros de viaje, resucitando un viejo deporte: el tiro al blanco con flecha.

A juicio de Laura, esa resurrección era un acierto digno del ingeniero... y a juzgar por el clisé que reproduce una escena en la que Glover de ciertas indicaciones a Laura para que la flecha consiga un buen blanco, ese deporte era hermano de Amor...

Harrison sentía celos de Glover y su deseo no era otro que regresar pronto a Bend y perderlo de vista para siempre. Tan era así que, acercándose a don Rufo, con quien galanteaba una viuda amiga del matrimonio, se permitió decirle que consideraba que Glover se extralimitaba en sus atribuciones, pues para un modesto empleado, eran demasiadas las libertades que se permitía.

Don Rufo, sin detenerse a examinar las causas de las consideraciones de Harrison, respondió resueltamente:

—El señor Glover, amigo Harrison, está siempre, a mi entender, en su puesto.

Después de un día de mortal aburrimiento, exceptuando los momentos pasados junto a Glover, Laura determinó inyectar un poco de vida en El Encinar; y, al efecto, organizó una tómbola de caridad.

La viuda no se apartaba de don Rufo, en vista de lo cual, su hermana, Silvia, dijo a Laura:

—Ten cuidado, hijita. No vayas a sacar de la tómbola una madrastra.

—No te preocupes, tía. Papá es ya gato viejo.

Uno de los medios para sacar dinero era el sorteo de los caballeros para el baile, juego



...ese deporte era hermano de Amor...

que consistía en colocarse en fila las damas, detrás de una especie de valla, mostrando únicamente la cabeza, y, uno por uno, los caballeros, tirar de un hilo, para levantar el brazo de la dama que les correspondía en suerte durante el baile.

Harrison indicó con la mirada a Laura su deseo de que fuera su pareja para que ella

levantase discretamente el brazo a fin de que el hilo correspondiente se moviese entre los demás, y él pudiera saber cuál era para tirar del mismo.

Laura no dejó de ver la intención de Harrison, y con picardía levantó el brazo de la dama que tenía a su lado, tocándole en suerte al joven una mujer feísima y vieja.

En cambio, Glover tuvo la inmensa fortuna de acertar el hilo que levantaba el brazo de la hija del Presidente, y la alegría de ambos jóvenes era la misma.

La tía Silvia, en tanto, estaba en sus glorias: había encontrado un alma gemela, que había hecho también de la neurastenia un arte delicado y exquisito.

—Figúrese usted—le decía la amiga, modelo de insignificancia física—. Estuve sobre la mesa de operaciones cinco horas... Tres doctores estuvieron cosiéndome de arriba abajo. Total: ciento cuarenta y ocho puntos de sutura... y me cortaron el apéndice. Pero nunca acabo de sentirme bien.

Y había que ver lo que disfrutaba la tía Silvia.

Después del baile, Laura y Glover se aislaron, para martirio de Harrison, de la fiesta, y después de hacer uno y otro algunas caricias a un precioso gato, como buen prettexto para rozarse las manos los enamorados, Laura dijo al ingeniero, que siempre estaba dispuesto a complacerla:

—Me gustaría animar esto un poco, meter

en la cabeza de estas gentes, que se trata de una tómbola de caridad y no de una cátedra de economía política.

Y los caritativos deseos de Laura, se vieron cumplidos al poco rato.

—¡Arriba las manos!—gritaron unos des-



Después del baile, Laura y Glover se aislaron de la fiesta...

conocidos haciendo irrupción en la fiesta, revolver en mano.

Expectación.

—¡Los hombres a un lado y las señoras a otro! ¡Todos en fila, y que nadie mueva ni una pestaña!

Todos obedecieron sin osar mirarse unos a otros.

Los desconocidos se apoderaron de la mejor alhaja de cada hombre, sin que nadie protestara, salvo don Rufo, que estaba dispuesto a dar todo lo demás que llevaba, a cambio de la devolución de su inseparable cigarro puro. Fué inútil. Los "bandidos" se quedaron con el tabaco, aun encendido.

Después del "saqueo", los bandidos, uno de los cuales se descubrió el rostro al pasar delante de Laura, causándole la mayor sorpresa de su vida, por boca de uno de ellos, dijeron, descubriendose ante el mayor asombro de todos:

—Ahora, los que quieran recuperar sus cosas, pueden hacerlo al precio que fije la señorita Laura Gage.

Inútil decir que Glover era el "bandido" que había ideado el plan llevado a efecto para que la tómbola de caridad obtuyese mayor beneficio que el que habría sacado confiando únicamente en el corazón de las gentes.

El segundo "bandido", era el tío Zeke.

Nadie se atrevió a criticar la obligación en que Glover los había puesto de dar sumas fantásticas a Laura por recuperar un objeto sin más valor que el que quería darle la cómplice de los "bandidos", pagando, don Rufo, un ojo de la cara por su cigarro.

De pronto, la noticia de que tres hombres habían quedado sepultados por un hundimiento de tierras en el túnel número 3, necesitando socorro inmediato, llamó bruscamente a Glover a las sombrías realidades de la lucha

diaria, y el ingeniero, trasladándose sin pérdida de momento, al lugar de la tragedia, trabajó incansable, horas tras hora, al frente de la brigada de salvamento, mientras las víctimas, cercadas por enormes masas de tierra, veían con horror aproximarse la muerte por asfixia.

Después de largas horas de titánicos esfuerzos, durante las cuales dos de los obreros sepultados se habían desmayado, siendo inminente su muerte, Glover pudo introducir un tubo hasta el lugar hundido, y habló con el obrero que aun resistía a la falta de respiración. Este obrero, al reconocer la voz del ingeniero principal, llenóse de esperanza, y sacudiendo a sus compañeros, gritaba:

—¡Estamos salvados! ¡Jaime Glover está al frente de la brigada de socorro!

Y un final esfuerzo llevó hasta los sepultados la vida y la libertad, sacándoles Glover, personalmente, de la tumba.

Impaciente por conocer el resultado de los trabajos de salvamento, don Rufo se hizo conducir a toda marcha al túnel número 3, acompañándole su hija y Harrison.

El triunfo de Glover repercutió en el corazón de Laura con ecos de armonía sin igual.

Don Rufo, orgulloso de la conducta de su ingeniero, le estrechó, emocionado, la mano, y le felicitó vivamente.

—¡Bien, Glover, ha hecho usted un magnífico trabajo!

Harrison, como siempre, no dió a la hazaña de Glover, la importancia de los demás.

Al despedirse de él, Laura, mirándole a los ojos, dijo a Glover, que prometió ir:

—Supongo que nos veremos mañana en El Encinar.

* * *

En los días que siguieron, mientras los excursionistas prolongaban su estancia en El Encinar, Laura y Glover recorrían juntos aquellas montañas, y comenzaban ambos a sentir, cuando estaban juntos, una dulce emoción que no podían todavía definir con claridad.

Y he aquí que don Rufo, requerido en Bend, decidió ir allí por unos días. Bucks fué quien le avisó en El Encinar mismo.

Harrison dijo entonces al Presidente, delante de Bucks:

—Si usted se va a Bend, señor Gage, aquí no necesitamos ya al ingeniero Glover.

A lo que el Presidente respondió:

—Le necesitaré cuando vuelva de allí; pero en el intervalo puede usted disponer de él si quiere, Bucks.

—Aprovecharé la oportunidad para llevármelo conmigo—dijo el Vice-Presidente.

Cuando Glover se entrevistó con Bucks, éste le dijo que, mientras don Rufo estuviera en Bend, iría con él a recorrer la línea, para inspeccionar los lugares amenazados por la nieve.

Al día siguiente, desembarazado de don Rufo y Bucks, y especialmente de Glover, Harry-

son, que se quedó en El Encinar, decidió apoderarse de la faja de terreno del Valle del Diablo, con el propósito de exigir después la mano de Laura a cambio de ella.

Y el tío Zeke, citado por él, visitó a Harrison.

—Glover le ha engañado a usted miserablemente—le dijo el alto funcionario de la Compañía—. Esa faja de terreno vale cinco mil dólares.

—¿Usted cree? ¡Ah, el bribonazo! Pero ya no puedo volverme atrás. Firmé la opción.

—Esa opción vence mañana a mediodía. Estoy seguro de que no se acuerdan ya de ella.

—Si fuera así...

—Le doy por ese terreno cinco mil dólares, y le entrego ahora mismo mil, a cambio de una nueva opción que comenzará a regir desde mañana.

—Pero ¿de veras me da usted cinco mil dólares por mi terreno?

—No me gusta explotar a nadie. Soy partidario de hacer los negocios con honradez. El viejo Gage ha hecho sus millones aprovechándose de la candidez de hombres como usted.

Laura, que había escuchado la conversación de Harrison y el tío Zeke, decidió, después de varias e infructuosas tentativas para comunicarse por teléfono con su padre, trasladarse a la estación de Bend.

Preguntado el jefe de la estación de El Encinar, Laura recibió esta contestación:

—Sí, señorita, dentro de cuarenta minutos

sale un tren. Tendrá usted que cambiar en Cobalto. Pero me parece que la va a sorprender a usted en el camino una tempestad de nieve.

—No importa.

Un poco después, reuniéndose con su tía, Laura le informó de su partida.

—Tengo que marcharme. Aunque se desplome la bóveda del cielo, tengo que ver a papá antes del medio día de mañana.

Y Laura partió de El Encinar.

A aquella noche desatóse una furiosa tempestad de nieve, mientras Glover, en la estación de Cobalto, donde tenía que cambiar de tren la valerosa muchacha, se preparaba para emprender la marcha hacia la cabeza de la línea: la estación de Bend.

Bucks, en vista del temporal, dijo a Glover, renunciando él a seguir, de momento:

—Sería mejor desistir de ese viaje, Jaime. La mitad de los postes telegráficos están tumbarados por la tormenta, y seguramente la línea estará interrumpida por la nieve.

Glover no renunció a hacer el viaje, y mucho menos cuando Laura, llegando a Cobalto, le indicó que tenía la absoluta necesidad de llegar a Bend al día siguiente para ver a su padre.

—También yo tengo que verle—le dijo Glover—. Me voy en una locomotora, y si usted no tiene miedo...

—Voy con usted, Glover.

Todo acción, y doblemente animado por la presencia de Laura, Glover preparó la sensa-

cional marcha a través de un infierno de nieve y viento.

—Miguel, ¿está ya lista esa locomotora?— preguntó a un empleado.

—Sí, la locomotora está lista ya, pero no hay ningún maquinista que pueda manejarla.

—La conduciré yo mismo. Lo único que necesito es un fogonero.

—Para eso puedo servir yo—dijo un mozo de la estación.

—Vamos, pues.

Ya en la locomotora, Glover hizo presente a Laura, de nuevo, que la empresa tenía sus peligros, y que tal vez sería mejor para ella renunciar al viaje, mas Laura se mantuvo firme en su decisión de ir con él, y tal confianza halagó a nuestro héroe.

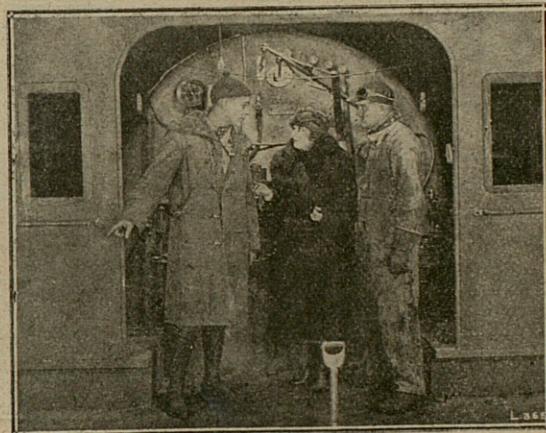
Y, entonces, como un monstruo legendario en pugna con todas las furias del averno, la máquina se abrió paso a través de las sombras y de la ventisca.

Como, según noticias, todos los trenes estaban detenidos en las estaciones o en los apartaderos, Glover y sus acompañantes pudieron llegar sin interrupción hasta la estación de Punto-Granito, y en ella se apelaron para ver si la línea estaba libre hasta Bend, contestándoseles que nada sabían que indicase lo contrario.

Volvió a emprender la locomotora la marcha hacia Bend, y al poco, en Punto-Granito se recibía el aviso de que por un error el tren nú-

mero 60 había salido de Bend y que debía encontrarse no lejos de Punto-Granito.

Entonces la estación de Punto-Granito comunicó con el consiguiente temor a la de Bend, que una locomotora había salido en dirección contraria a dicho tren número 60, conducién-

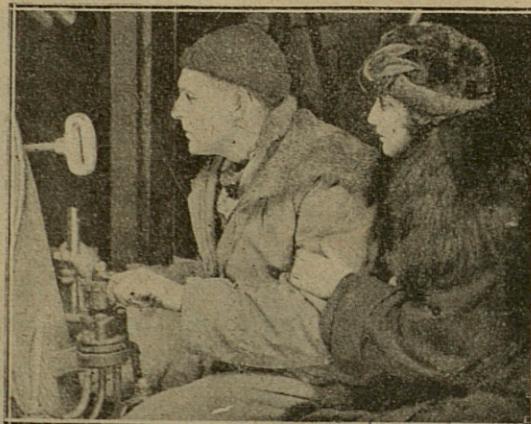


Ya en la locomotora, Glover hizo presente a Laura, que la empresa tenía sus peligros...

do a Glover, Laura Gage y un empleado de Cobalto.

De la estación de Bend se telegrafió a la estación anterior a la de Punto-Granito, para que detuvieran al tren número 60, pero no pudieron comunicar a causa de la nieve.

Mientras, la locomotora de Glover, que hasta aquel momento había salido victoriosa de su empresa, se encontraba con la primera dificultad seria: la rampa más pendiente de toda la línea, extraordinariamente resbaladiza a causa de la nieve.



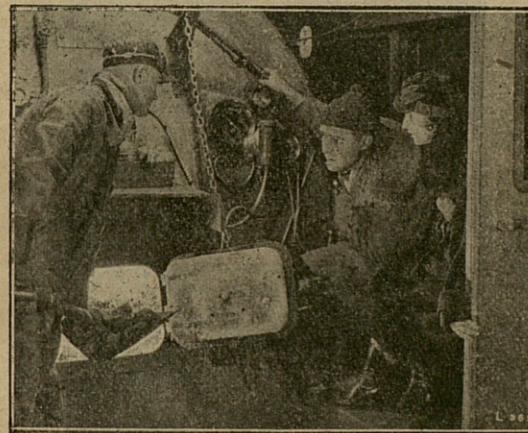
Pero Glover no se amilanó; antes, al contrario, seguro de que Laura rogaba...

Pero Glover no se amilanó; antes, al contrario, seguro de que Laura rogaba porque saliera bien de su propósito, el ingeniero puso a contribución todo su saber y energía para seguir adelante.

—¡Más carbón, más carbón!—gritaba a su ayudante—. ¡A ver si pasamos esta vez!

Y después de tres tentativas, se venció el difícil obstáculo.

En la estación de San Diego, el maquinista del tren número 60 tuvo una de esas inspiraciones que parecen dictadas por la Providencia.



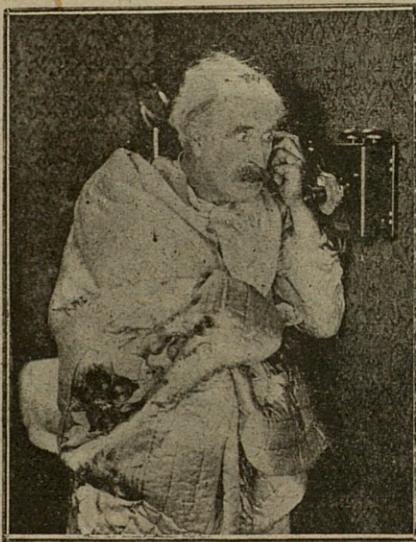
—¡Más carbón, más carbón! ¡A ver si pasamos esta vez!

—Es mejor que nos detengamos aquí, y pidamos órdenes—dijo a su fogonero, considerando peligroso seguir adelante a causa de la tempestad.

Y al ir el primero a pedir comunicación con Bend, se encontró con que de dicha estación estaban llamando insistente mente.

—¿Qué pasa?—preguntó por hilo.

La estación de Bend comunicó la grave noticia, y acto seguido, el maquinista, corriendo hacia la vía, dijo a su fogonero:



...los empleados de guardia en las oficinas avisaron a don Rufo la llegada de su hija con el ingeniero Glover.

—Glover viene a todo vapor en una locomotora. Es necesario cambiar la aguja para dejarle vía libre, si no se estrellará contra nuestro tren.

Y fué un milagro que los dos trenes no chocaran.

Alarmadísimos, y continuamente en el aparato telegráfico, los empleados de guardia en las oficinas avisaron a don Rufo la llegada de su hija con el ingeniero Glover en una loco-



Un poco más tarde, Laura y Glover, sanos y salvos, ponían pie en Bend.

motora, arrancándole de la cama, donde dormía con toda tranquilidad.

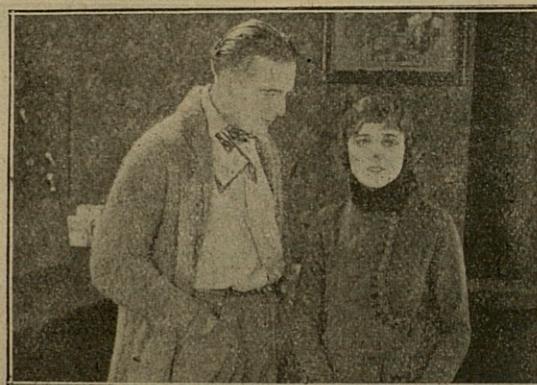
Un poco más tarde, Laura y Glover, sanos y salvos, ponían pie en Bend, haciéndose anunciar a don Rufo.

Mientras el Presidente de la Compañía se vestía para recibirlos, ellos, sinceramente ena-

morados el uno del otro, habiéndoselo demostrado durante el temerario viaje, se lo confirmaron en las oficinas.

—Dígame usted, Laura... ¿Es usted novia de Harrison?—le preguntó Glover.

Laura fijó sus lindos ojos en la nada, y con-



—Dígame usted, Laura... ¿Es usted novia de Harrison?

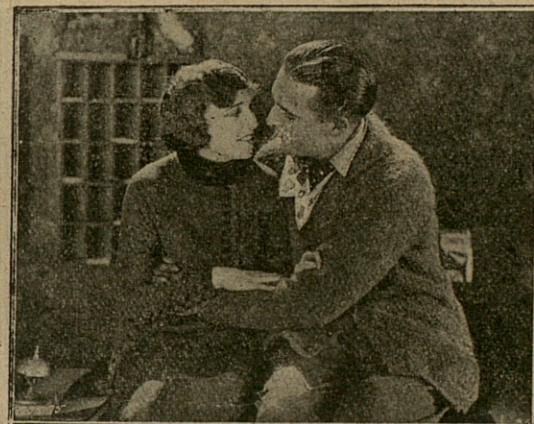
testó que jamás había pasado por su mente la idea de poder amar a ese hombre.

Entonces Glover, decidido, estrechó contra su pecho a Laura, que no opuso la menor resistencia...

Don Rufo, apareciendo en aquel momento, hizo la vista gorda, y Laura, al verle, se apre-

suró a darle una satisfacción por su insospechado viaje.

—Era indispensable que yo hablara contigo antes del mediodía de mañana, y si no hubiera sido por el señor Glover, no habría podido llegar aquí a tiempo. Harrison trata de



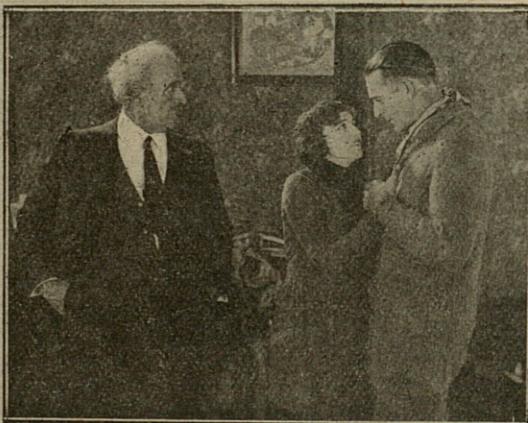
...estrechó contra su pecho a Laura, que no opuso la menor resistencia.

jugarte una mala partida, apoderándose de una opción que vence mañana.

—¡Cáscaras! ¡Se me había olvidado que mañana vence la tal opción!... ¡Y el recibo se lo di a guardar a Bucks, y ya no podrá llegar a tiempo para depositarlo en el Banco antes de la expiración del plazo!

Glover, como la misma Providencia, intervino en la conversación:

—Aquí está el recibo—dijo—. Yo se lo pedí a Bucks... El tío Zeke me dio cuenta de las intenciones de Harrison, y no quise dejar ningún cabo suelto.



A lo que Laura, abrazándose al ingeniero...

Laura miró con adoración a Glover, en tanto que don Rufo, encantado, prosiguió:

—¡Magnífico! Depositaré el recibo con novecientos dólares mañana por la mañana, y quedará cerrada la operación. Glover, vale usted un potosí. Yo me haré cargo del porvenir de usted...

A lo que Laura, abrazándose al ingeniero, objetó:

—Papá, deja ese cuidado en mis manos. Yo me encargaré de velar por él.

Pasmado, don Rufo, iba a decir algo... pero Laura se lo impidió categóricamente, diciéndole:

—No pongas ese ceño, papá. En esto si que no tienes opción. ¡Verdad, Jaimito?

—Verdad, mi Laurita.

Y don Rufo, ante el cariz que tomaban las cosas, hizo mutis por el foro.

FIN

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

Pida usted LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRÁFICA
BIOGRAFÍA DE «ESTRELLAS» DEL CINE
Números publicados. —1, Alice Terry; 2, Rodolfo Valentino; 3, Lillian Gish; 4, Antonio Moreno; 5, Gloria Swanson; Próximo número, jueves, Tom Mix.

PRÓXIMO NÚMERO

LA INTERESANTISIMA COMEDIA
CON FUERTE PARTE DRAMATICA,

Un modisto que es muy listo

PROTAGONISTA:

el simpático artista

BEN LYON

**Postal regalo:
GEORGE O'BRIEN**

32 Páginas 10 Fotografías

PRECIO 30 CTS.

**LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.**

Colecciones completas y números
sueltos atrasados a precios corrien-
tes, de venta, en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, s.a.
Barbará, 16 - BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España

